

Uribe y el Otro

Por Ariel Dorfman

ESTA CRITICA DEBERIA hablar acerca del libro de Armando Uribe Leautaud y el otro (Ed. Universitaria). Pero tengo el derecho de escribirla tal como el autor, Uribe, escribió su libro sobre Leautaud (es decir, pensando: "Los lectores, allá ellos; si quieren leer, bueno; si no quieren, bueno"), o tal como Leautaud vivió su propia vida (es decir, dedicado a "expresarse tal como es, sin ocuparse de gustar o disgustar, de ser aprobado o reprobado, para el propio placer antes que nada"). Pero debo proteger la salud mental del lector. Sería demasiado laberíntico; una incoherente crítica acerca de un incoherente libro, que habla de un incoherente Leautaud! Claro que el lector obtendría una experiencia de primera clase de la irracionalidad de nuestra época. Se la ahorraremos.

Digamos, ante todo, que el libro de Uribe es delicioso. Apareta hablar sobre un tal Paul Leautaud (1872-1956), autor francés menor. Pero no se preocupe el lector: esto de Leautaud es mera apariencia. Quien quiera saber más acerca de Leautaud, ¡que lea a Leautaud! (El libro de Uribe trae los nombres de los libros, por si acaso.) Yo, después de leer a Uribe, he logrado coleccionar lo siguiente: el nombre de Leautaud (Paul Leautaud), el de sus obras, algunas vagas ideas acerca de amor, el arte de escribir, la guerra, los gatos, Gide, etc. (ninguna de las cuales me parece singularmente interesante o novedosa). También entrevemos un viejo encantador. Pero entonces, preguntará el lector, ¿de qué trata el libro de Uribe? Pues, sobre Uribe. (Leautaud aparece también.)

Se nos trata de comunicar la actitud del profesor Uribe, las experiencias sucesivas del lector Uribe, los problemas del hombre Uribe, las citas del escritor Uribe (tal, el mismo que escribió *Cajón Desastre en Mapocho*) frente a Leautaud (tal, algo tiene que ver Leautaud: es el que provoca todo esto). Para esto incorpora al chispeante ensayo los siguientes elementos: la corriente de la conciencia, la polémica con el autor, el velado chiste, la duda, la narración de su propia biografía e ideas. Se preocupa de que el sistemático Leautaud llegue hasta nosotros con el menor grado posible de organización. Lo consigue. Y se buria, con un lenguaje dinámico e incisivo, de la tradición académica formal que pesa sobre un típico ensayo y que amuralla a un estudioso y a cualquier hombre en esquemas falsos ("las universidades se apoderan de escritores que han maldecido a las universidades y los clasifican entre los autores que han maldecido a las universidades"). Este juego literario, este desequilibrado tono de intimidad confesional, esta constante ironización de la realidad (como si Uribe fuera siempre el otro para sí mismo, como si se mirara y no creyera mucho en lo que acaba de decir), todo esto, permite deleitarnos y sonreír.

Sin embargo, hay aquí fallas fundamentales. La base del interés del lector deja de ser Leautaud para concentrarse en Uribe. Pero la personalidad del autor no es lo suficientemente robusta como para sostener ese interés. Se trata de una novela autobiográfica disfrazada de ensayo. Pero no se nos hace sentir profundamente, no se nos muestra la inmediatez desnuda de un alma, no se nos transporta intensamente. Los problemas son pseudo-problemas literarios, que no enriquecen mayormente al lector. A veces logra comunicar algo sin enmascararse ("Soy cuanto leo, no estoy solo, Leopardi camina conmigo por las calles, Jean-Paul Sartre se sienta en mi oficina, tomo once con Leautaud que me sonríe desdentado"), pero en general escabulle la responsabilidad. Prefiere mantenerse en la brillante periferia, entregándo-



Hans Ehrmann

Armando Uribe: autocomen.

se a un fácil caleidoscopio de ideas ingeniosas, a una calesita de dudas y preguntas que ni perturban ni emocionan al lector, aunque puedan deslumbrarlo con su gracia.

Tal vez no he comprendido el libro. Tal vez Uribe ha querido crear precisamente ese desajuste, aquella irritación, esta perplejidad, acaso ha deseado que sus lectores repitan con su libro la experiencia de Uribe frente a Leautaud. O tal vez sea una gigantesca tomadura de pelo. No sé. Pero debajo de los chistes, frases, citas, laten una seriedad y una angustia tales, que tengo la impresión de que estamos frente a un libro que casi —pero sólo casi—, CASI, entiéndase, con mayúsculas, fue grande.